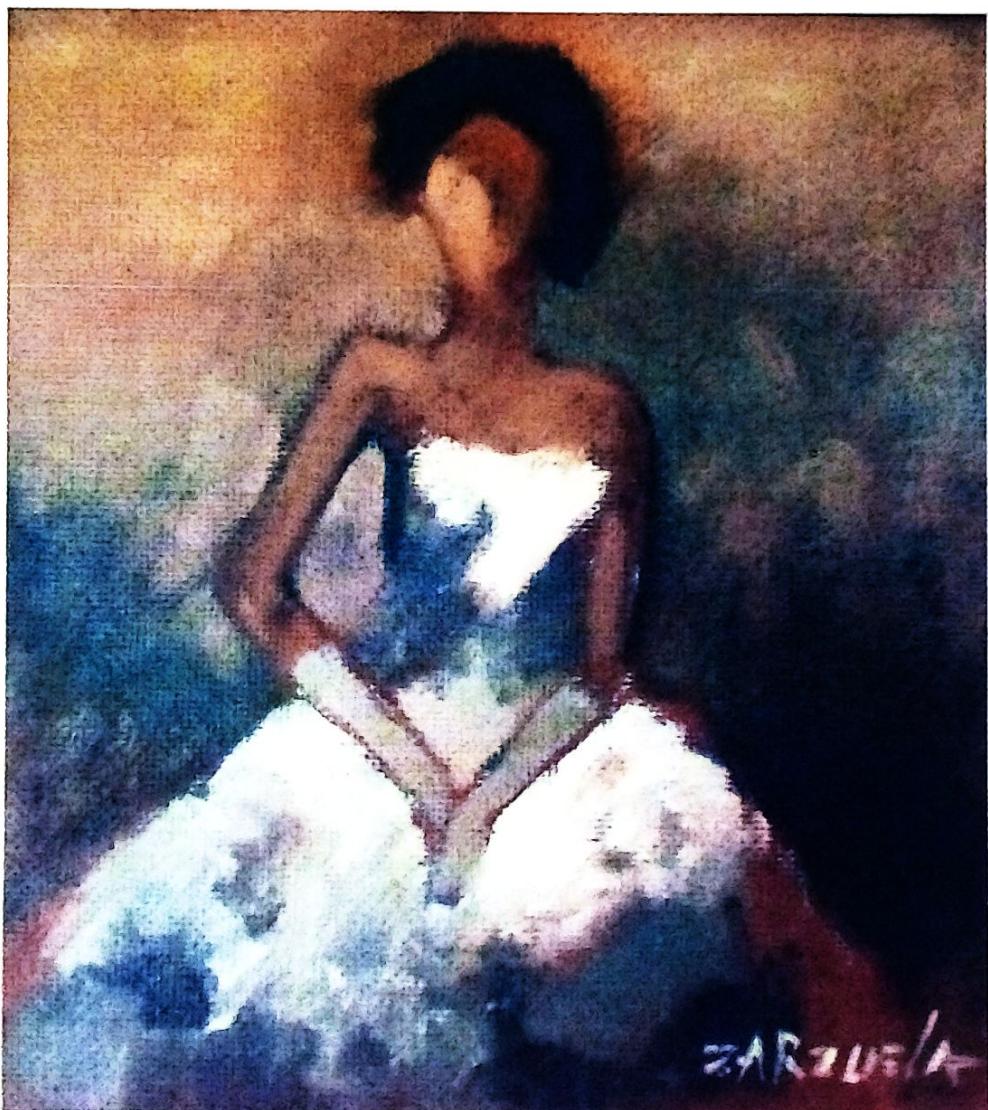




D.L. 5 - 3 - 63 - 10

ISSN 2219-0376



Benjamín Chávez • Tambor Vargas • Carlos W. Urquidi • Paul Celan
Jaime Sabines • Salvador Espriu • Jenny Cárdenas

LA PATRIA
SUB-DECANO DE LA PRENSA NACIONAL

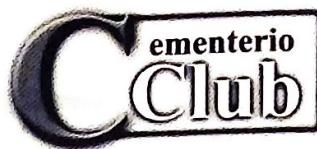
suplemento orureño de cultura

año XX nº 510 Oruro, domingo 9 de diciembre de 2012





Figura. Óleo sobre cartón 20x30 cm
Erasmo Zarzuela



Estuco y cal

En mayo, Rodolfo Ortiz, director de la revista de literatura La Mariposa Mundial, publicó *Cuadernos de la sequía / la casa del bosque de pelos* (Plural editores & La Mariposa Mundial, La Paz, 2012). Un libro compuesto por 24 textos breves de entre los cuales *Peinando a mi hija en las mañanas* es mi poema favorito. Sin embargo, hoy quiero comentar otro, uno más breve intitulado *Estuco y cal*. Dice el poema:

Con todas sus letras sobre el negro cartel: "Estuco y cal". Nunca esta historia quiso ser un poema. "Llámame Ismael", me dice. "¿A dónde vas niño único?" "Mi madre hace días trasboca", dice que dice que dice. Me alegra ese niño Ismael. "Trasbocar". Tan immense el niño con su boca. Da setenta pasos, que haciendo un presupuesto interior, son sesenta; más dos, menos dos y el número que has pensado. Pero ambos, no se sabe cómo, miramos nuevamente el cartel, con todas las entrañas: "Estuco y cal".

Dentro su aparente hermetismo (rasgo a menudo atribuido a la escritura de Rodolfo), el poema deja traslucir una diafanidad consecuente con la niñez y su rasgo más socorrido, el candor, y también con la blancura que designan ese par de palabras: estuco y cal. Ambos asuntos, blancura y niñez son medulares en este poema en prosa.

Veamos: designando una blancura doblemente blanca, las dos palabras escritas sobre una pizarra negra (obviamente con tiza blanca), muestran una imagen en directa e inversa alusión a Mallarmé y su ars poética de disponer negro sobre blanco. Sin embargo, esas palabras no son literatura (Nunca esta historia quiso ser un poema), o no lo son todavía, y es el autor quien, mediante una fórmula, inmediatamente las troca en tal. Hay un llamado horizontal y coloquial, una familiaridad cotidiana en ese cartel, la cual es ya literaturizada con la efectiva fórmula relativizante de Melville: Llámame Ismael.

Inmediatamente, esa primera frase de Moby Dick, insufla componentes que remiten a la niñez de quien observa y lee el cartel (ecos de aventuras infantiles) y, el autor, ya embarcado en el viaje a esa edad pasada, se pregunta ¿a dónde vas niño único? Es ya un ser que ha emprendido el viaje a ese tiempo donde la presencia materna es experiencia central y la fragilidad e inocencia del infante se nombra con la acción de trasbocar (recorriendo a un verso de ¿Arturo Bordú?), término que por eufonía remite a la boca del niño. Boca de asombro, boca de niño immense, en tanto y en cuanto es él quien, ahora, ocupa todo el universo aludido por el poema. Y lo hace en un estado de felicidad (me alegra ese niño Ismael) que a estas alturas ya ha imbricado niñez y literatura, pues esa boca es el habla cotidiana entre un cartel y un transeúnte que lo ha visto por azar, acaso perdido en alguna ladera de la ciudad de La Paz. Habla que la fórmula ya mencionada torna literatura, según la intencionalidad de Melville y del autor del poema.

El niño continúa su viaje, su estadía en ese tiempo feliz y hace "un presupuesto interior" de sus pasos y de sus días, pero lo hace jugando como sabe, como corresponde a su corta edad. De ahí los setenta se convierten en sesenta e invita a que le sumemos dos y le restemos dos y el número que hemos pensado para que el artificio surta efecto, para que la operación mágica se consuma y el juego funcione. Ahora, en el ámbito del poema ¿a qué operación mágica nos referimos? No a otra que a la visibilidad profunda de dos palabras que designan una y misma cosa: estuco y cal = blancura. Mensaje cifrado en trazos que de tan triviales, y a pesar del contraste, o quizás precisamente por eso, corren el riesgo de invisibilizarse. Pero he ahí que, fugazmente, luego de este *proceso*, de nuevo frente a él, ambos "no se sabe cómo", transeúnte, autor y niño atrajo hacia el presente, vuelven a leerlo y ven, ahora sí, esa blancura total que los alcanza "con todas las entrañas".

Benjamín Chávez

La Mariposa Mundial aterriza en Oruro

La revista de literatura más importante del país ha vuelto a desplegar sus alas sobre infolios y paisajes mundanos, y he ahí que el miércoles 19 de diciembre aterrizará en nuestra ciudad para presentar su reciente edición con número par, o doble como sus alas: 19 y 20, luego de una travesía de 13 años por los recónditos parajes literarios y cuyo primer ascenso sucediera en 1999, en aquel callejón del barrio de San Pedro en La Paz.

Rodolfo Ortiz, Omar Rocha y Benjamín Chávez (el equipo editorial) se encargarán de mostarla, diseccionarla y clavarla a punta de alfiler en un rincón del cuarto ubicado en el café *La Candelaria* del hotel Virgen del Socavón (Calle Junín y Avenida Cívica "Sanjinés Vincenti") a hrs. 19:30. El ritual se acompañará con el vino de rigor.

el duende
director: luis urquiza m.
consejo editor: benjamín chávez c.
erasmo zarzuela e.
coordinación: julia garcía o.
diseño: david illanes
casilla 448 telfo: 6276816-5288500
elduende@zofro.com
lurquiza@zofro.com

www.lapatriaenlinea.com.bo/elduende



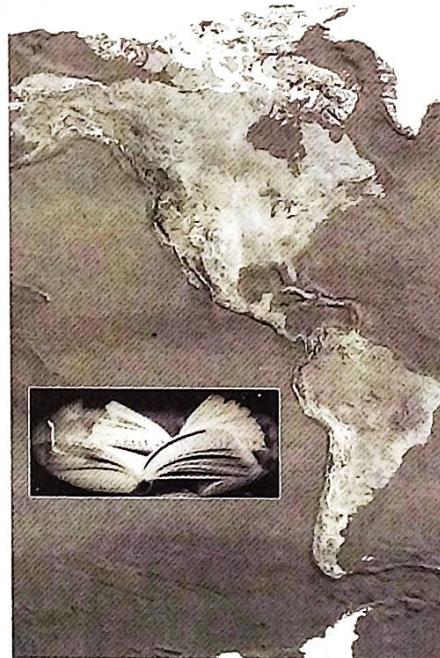
El Duende no mantiene correspondencia obligatoria
de publicación con colaboraciones no solicitadas;
tampoco comparte necesariamente las ideas
expresadas por sus autores.



Desde mi rincón

¿Catalanística latinoamericana?

TAMBOR VARGAS



encontraron acogida en el mundo universitario hispanoamericano; y esto necesariamente habrá de contribuir a que, por su mera presencia, dieran a conocer lo catalán en el mundo académico de América Latina.

* * *

Porque, en efecto, ni siquiera en los países donde encontró cobijo la mayor parte de la parte 'sabia' de la *intelligentsia catalana exiliada* (Argentina, México, Colombia, Venezuela y Chile) su presencia fue suficiente para que brotara un par o tres de centros universitarios de estudios catalanes. Puestos a buscar una explicación, creo que siempre acabaríamos topándonos con la existencia de aquel tipo de fuertísimos prejuicios adversos (aquella anómala ceguera y sordera ya aludida al comienzo); y por lo visto, el fenómeno sociocultural global de la ceguera hispanoamericana encontró su hermano gemelo en el mundo de las universidades (o dicho al revés, éstas han reflejado con precisión los rasgos de aquél fenómeno).

Tenemos de ello una prueba que, por contraste, resulta elocuente: en unos ambientes incomparablemente menos expuestos a la irradiación de los exiliados catalanes como son los de los Estados Unidos y Canadá, ya antes del fin del franquismo nacieron varios núcleos de enseñanza e investigación de la lengua, la literatura y la cultura de Cataluña (desde los años 50 en Chicago; desde los 60, en Bloomington; etc.); y en 1978 los cultivadores de los estudios catalanes fueron capaces de agruparse y fundar la "North American Catalan Society", que con el tiempo se ha ido fortaleciendo: no sólo celebra periódicamente coloquios especializados, sino que desde 1986 viene publicando una *Catalan Review* (actualmente, con casi 25 volúmenes en circulación).

* * *

Por fin, cuando ya nos acercamos a los 40 años de la muerte del dictador Franco, parece que también en el mundo académico hispanoamericano algo está cambiando. He aquí algunos síntomas.

En 1991 Alberto Miyara creó el primer curso universitario de catalán en América Latina en la Universidad Nacional de Rosario (UNR); y en 1997 instaló la primera página web sobre el catalán desarrollada en el subcontinente; y en 1999 tradujo y publicó en Buenos Aires una "Antología de la poesía catalana actual". Posteriormente su enseñanza pasó a la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad Nacional del Litoral (también en Rosario); y desde 2003 viene publicando la revista *Estudios Catala-*

nes, de periodicidad anual y pensada para abarcar con amplitud las diversas manifestaciones de la cultura catalana; cuenta con un equipo internacional de asesores. Aunque no tengo información precisa, supongo que actualmente debe llevar publicada una media docena de volúmenes. Hay que destacar que se trata de la primera revista científica especializada en el tema catalán que aparece en América Latina. Según declaración de Miyara, "en América Latina hay cinco universidades en donde se dicta el idioma [catalán], tres de las cuales se encuentran en la Argentina: Rosario, Santa Fe y Mendoza", pero nos quedamos sin saber cuáles son las otras dos.

Por otro lado, también desde la última década del siglo XX en El Colegio de Jalisco (Zapopán, cerca de Guadalajara), José M. Murià (hijo de catalanes) ha desarrollado una cierta actividad publicística del tema catalán. Entre otras, pueda referirme a las publicaciones siguientes: dentro de la serie "Estudios Jaliscienses", el nº 46 (noviembre de 2001) estuvo dedicado por entero al tema "Catalanes en México", con cinco artículos. De mayor ambición son las monografías de T. Ferriz Roure sobre *La edición catalana en México* (Zapopán, El Colegio de Jalisco, 1998) y otra monografía de Robert Surroca Tallaferro sobre *La Prensa catalana en México (1906-1982)* (Zapopán, El Colegio de Jalisco, 2000). No hace falta decir que tras estas manifestaciones estaba la acción de quien dirigía la institución patrocinadora, el ya mencionado J. M. Murià.

La tercera expresión de un nuevo interés por lo catalán es que a fines de agosto de este 2012 la Biblioteca Pública del Estado de Jalisco (Guadalajara) ha inaugurado la "Biblioteca Catalana Josep M. Murià i Romaní", que parece ser ya desde su nacimiento la más importante de América Latina. Su fondo de arranque ha sido la biblioteca personal del exiliado catalán que le ha dado nombre (padre del historiador de Zapopán). Se ha abierto con unos 10.000 títulos y a ella se han venido a añadir donaciones de otras procedencias, tanto de Cataluña como de México.

La cuarta noticia sobre estos temas se ha originado también en Guadalajara, más exactamente, de Zapopán, en cuyo El Colegio Jalisciense ha sido sede de un Seminario sobre "Presencia catalana en México y América Latina" (29-31 agosto 2012), con la participación de diversos profesores mexicanos, a los que sumó una decena procedente de universidades catalanas. Se ha anunciado la pronta publicación de las actas y los trabajos presentados.

Finalmente, la quinta procede asimismo de Guadalajara y es que por aquellos mismos días, en el mencionado El Colegio Jalisciense se procedió, en asamblea constituyente, a la fundación formal de la *Associació de Catalanistes d'América Latina* (ACAL), ya fundada a fines del año pasado en La Habana. Según noticias en la red, el acta correspondiente fue suscrita por una treintena de especialistas; pero a juzgar por los pocos nombres concretos que se mencionan en la red, uno suca la impresión de que los 'catalanistas' latinoamericanos no representan más que una clara minoría.

Y esto sólo podría sorprender a quien no hubiere caído en la cuenta de aquella antigua 'ceguera' y de la arraigada y ya constatada impermeabilidad académica a la irradiación vital de los exiliados catalanes en las décadas siguientes a 1940. No podemos esperar que por arte de encanto nazca una generación de especialistas en temas catalanes que, arraigados en universidades o centros de investigación latinoamericanos, se conviertan en focos de atracción de estudiantes y de formación de escuelas de especialistas.

Todo ha tenido su comienzo y lo importante no es comenzar, sino persistir.



Gramatiquerías

ASOMARSE Y APROXIMARSE

Asomar, es nada más que *empezar a mostrarse*; (asoma el sol entre celajes); es también *sacar o mostrar alguna cosa por una abertura o por detrás de algo*; (se asomó a la ventana o por la ventana). Este verbo no incluye la idea de que el hecho o el acto acaben en una aproximación. Por lo mismo, es impropio decir: *Me asomé a saludar a mi adorada*, (y es además peligroso, porque la cosa puede acabar en matrimonio); *Me asomé esperanzado a la bella esposa de Cornelio*; (ahora el chiste puede costar caro). En ambos casos, lo cabal es decir: *Me aproximé...* (En el segundo caso, lo correcto y prudente es no aproximarse siquiera). Y ahora les doy un ejemplo del uso adecuado del verbo en cuestión:

Sollozando un niño se aproxima a un Policía y le dice:

—¡Me he perdido! ¡No ha visto Ud. pasar a una señora sin un niño como yo?

También se puede emplear la palabra acercarse con la misma propiedad que *aproximarse*, como en el siguiente episodio:

Dos amigos, preparándose para cazar patos silvestres, se mimetizan cubriendose con un cuero de vaca. El que hace de de lantero lleva un fusil. De repente el alojado en la parte posterior empieza a gritar:

—¡Pronto! ¡Dame el fusil!

—¿Qué pasa? ¡Ves patos?

—No... Es que se acerca el toro.

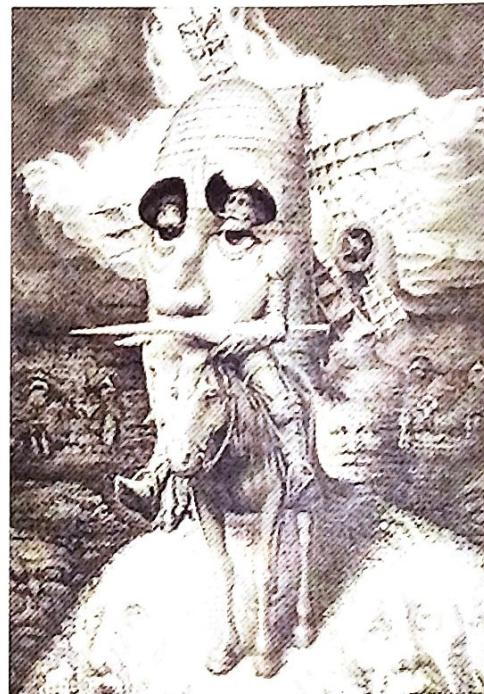
¿EN DÓNDE? - EN AQUÍ

Si para la exquisita sensibilidad de Uds., versallescos amigos míos, es chocante la burda y suburbana expresión en aquí, me permito preguntarles: ¿por qué no lo es en donde, que le corresponde exactamente?

He aquí, mis amados catecúmenos, algo que jamás he alcanzado a comprender, sin embargo de haber meditado tanto como Chile para urdir sus maquiavélicas imposturas. ¿Qué sucede con todos, en efecto, incluyendo a la venerable matrona que es la Real Academia Española y a los escritores sagrados, que a nadie parece repulsivo decir y escribir en dónde? ¿Por qué, —y esto no tiene vuelta de hoja— si es lícito preguntar en dónde, no ha de ser también lícito y lógico hasta más no poder, contestar en aquí, en allí? ¡Inquestionable, verdad? Fernando Corripio, en su *Diccionario de incorrecciones*, está con nosotros y también Andrés Santamaría y Augusto Cuartas.

Y de esta mercadería van varias muestras, todas convincentes, de ser generales el uso y el abuso que se hace del repelente *en donde*, aun en los niveles más selectos. Veamos: *En dónde está el equipaje del señorito?*; -Benito Pérez Galdós, (Doña Perfecta); *No hay Museo de Europa en donde puedan verse telas anteriores a Cristo*; -Germán Arciniegas, (El Diario, 11-1-76); *De pronto no pudo explicarse en dónde se encontraba*; -Carlos Medinaceli, (La

Chaskañawi); *Todas las noches me reúno con una patota de muchachos. ¿Y en dónde?*; -Juan José de Soiza Reilly, (La ciudad de los locos). En "Secciones" de Enero del 76, si-



gura esta *eutrapelia*: San Pedro y el demonio discutían a quién tocaba componer la cerca rota que separa el cielo del infierno. Por fin exasperado, el Santo exclamó:

—¡La arreglarás tú, Satán, o te demandaré!

—Demándame siquieres, pero, ¿en dónde conseguirás un abogado?

En una traducción de *En Busca del tiempo perdido* de Marcel Proust, hay profusión de estos en donde: *El recuerdo de otros sitios en donde yo había vivido y en donde podría estar*. Pero en la misma obra se encuentra también numerosos ejemplos en que está ausente la preposición en:

Cuartos estivales donde nos gusta no separarnos de la noche tibia, donde el rayo de luna lanza su escala encantada y donde dormimos como al aire libre; forma esta última innegablemente más eufónica, y que habrá resultado inclusive cacofónica si se incrustaba en cada período la preposición en, que no hace falta alguna, como hemos visto.

En un rasgo humorístico, Arthur Miller, famoso dramaturgo, dijo: *El teatro está en fase de franco declive: ¿Dónde están los grandes dramaturgos? Esquilo murió, Shakespeare, Ibsen y Bernard Shaw murieron también. Y yo mismo no me encuentro nada bien*. ¿No habría sido aspírrimo que dijera: *En dónde están los grandes dramaturgos?*

Y hasta José Iglesias, hablando correctamente, opinó que *la felicidad hay que buscarla todos los días, estés donde estés...*

Y ahora, ya que han soportado Uds. tan larga lata, vaya para su legítimo esparcimiento un caso en que se hace cabal uso del adverbio donde:

—Tengo un primo tan feo, que una vez, visitando el zoológico, preguntó a uno de los guardianes *dónde* estaba la jaula de los monos. El Guardián, tras mirarlo detenidamente, le repuso:

—Si Ud. no sabe volver, ¿para qué sale de la jaula?

Y otro caso en que, por suerte, se dice solamente *aquí* y no en *aquí*:

Dos borrachos despiertan en la Policía entre rejas.

—¿Por qué estamos aquí? —pregunta uno de ellos a su compañero.

—¿Te acuerdas del último farol al que nos agarramos, aquél que estaba apagado?

—Sí

—No era un farol. Era un policía.

Y un tercer caso en que las dos palabras van debidamente liberadas de la indeseable preposición en:

Un rústico entra en un almacén.

—¿Tiene Ud. uno de esos aparatos para ver la lluvia?

—Querrá Ud. decir un barómetro.

—Eso.

—Aquí tiene uno. Cien pesos.

—Gracias. Y ahora dígame: ¿Dónde se le aprieta para que llueva?

LA ORDEN DEL DÍA

Una Convocatoria publicada por el Directorio del Club Social, nos mueve a ocuparnos de este tema. El aviso dice que el Directorio convoca a Junta General Extraordinaria para el día... con el siguiente *Orden del Día*.

Y bien. Es hora de que con la venia de estos distinguidos amigos nuestros enderezemos de una buena vez esta distorsión idio-



mática que pretende tomar ya carta de naturaleza, burlando requisitos y trámites indispensables para nacionalizarse, o si quiera para ganar radicatoria.

Comencemos por reconocer que hay partidarios clandestinos, cada vez más numerosos, (¡cuán prolífica es la cizaña!), del mas-



y en broma



Los Ordenes del Día, (cosa que hasta el oficio más torpe rechazaría), sino *Las Órdenes del Día*, supuesto que orden, en el sentido de colocación de las cosas en el lugar que les corresponde, no admite el plural.

De advertir es, como dato importante, que la tendencia masculinizante halla mayor acogida en los ambientes mesocráticos, (anotarse palabra tan sonora) que no en los selectos. Fácil es comprobar, en efecto, que los escritores prefieren la modalidad femenina. Así, en "Operación Rayo" de William Stevenson, encontramos: *Fue mencionado en las órdenes del día*; y lo mismo en otras muchas traducciones:

"Trasfictantes de Dinero", Arthur Hailey: *Eso no está en la orden del día*; Víctor Hugo, "Los Miserables": *Nació la Sociedad de los Derechos del Hombre, que fechaba así una orden del día*; Pluvioso, año 40 de la Era Republicana; André Maurois, de la Academia Francesa, "Historia de Francia": *De este modo, el propio Napoleón se colocaba a la orden del día y renunciaba a la autoridad*; Marcel Proust, "En busca del tiempo perdido": *Hadido censurado la agitación contra el Ejército en diversas órdenes del día*.

La cuestión griega estaba a la orden del día, Rubén Darío, "Los Raros"; *Le confiesa al Teniente Souza que prepara la Orden del día*, Vargas Llosa, "La guerra del fin del mundo"; Mariano Ricardo Terrazas, en "El Sacerdote": *Allí es donde la civilización recibe la orden del día*.

Augusto Cuestas y Joaquín Mangada, al glosar el "Diccionario de incorrecciones" de Andrés Santamaría, anotan que lo correcto no es *el orden del día* tratándose de sesiones de corporaciones o asociaciones, sino *la orden del día*. También nos da razón el conspicuo lexicólogo y académico Niceto Alcalá Zamora en sus "Dudas y temas gramáticos". Y lo que es decisivo: en "Novedades en el Diccionario Académico", Julio Casares, conspicuo miembro de la "Real", escribe: *El procedimiento y el nombre están a la orden del día*.

Y para concluir, un *Certificado de Buena Conducta*:

Hace años, la universalmente acreditada Revista española "Alrededor del Mundo" abrió encuesta sobre la materia. Los señores Francisco de P. Chabrán y Alejandro Jiménez Aroozat coincidieron con nuestro aserto aduciendo copia de razones y nadie les contradijo. Y cuenten que la tesis fue planteada en la patria originaria de nuestro idioma, donde es fuerza suponer existe mayor celo purista. (Los españoles tienen fama de celosos. Y ellas... ¡El señor nos coja confesados, si puede cogemos aún después de que ellas lo hicieron!).

Carlos Wálter Urquidi. Abogado, miembro de la Sociedad de Geografía, Historia y Letras de Cochabamba.

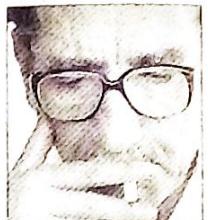
Contraluz

- El corazón permaneció oculto y duro en lo oscuro como la piedra de la sabiduría.
- Era primavera y los árboles volaron hacia sus pájaros.
- Tanto va el cántaro roto a la fuente, que al final se seca.
- En vano se habla de justicia, mientras el más grande de los acorazados no se estrella en la frente de un ahogado.
- Cuatro estaciones, y no una quinta, como para decidirse por alguna de ellas.
- Tan grande era su amor por ella, que ella hubiera arrancado la tapa de su féretro, si la flor que le había puesto encima no hubiera sido tan pesada.
- Tanto perduró su abrazo, que el amor desesperó en ellos.
- El Día del Juicio llegó, y con el fin de buscar la mayor de las infamias, la cruz le fue clavada a Cristo.
- Entierra la flor y pon al hombre sobre esta tumba.
- La hora saltó fuera del reloj, se le adelantó y le ordenó marchar correctamente.
- Cuando el mariscal de campo puso la cabeza ensangrentada del rebelde ante los pies del señor, éste se sumió en una furia salvaje. *Has osado inundar la sala del trono con el hedor de la sangre*, exclamó, y el mariscal se estremeció. En eso se abrió la boca del abuado y contó la historia del clavel. *Demasiado tarde*, opinaron los ministros. Un ulterior cronista confirmó esta opinión.
- Cuando el ahorcado fue desprendido del patíbulo, sus ojos aún no estaban muertos. Rápidamente se los cerró el verdugo. Los presentes lo habían notado y hundieron sus miradas por vergüenza. Pero el patíbulo se creyó en ese minuto un árbol, y como nadie tenía los ojos abiertos, no es posible confirmar si esto fue realmente cierto.
- Puso virtudes y vicios, inocencia y culpa, buenos y malos rasgos sobre la balanza, pues quería certidumbre antes de juzgarse a sí mismo. Pero los platillos de la balanza, cargados tan pesadamente, quedaron a idéntica altura. Pero como quería saber a cualquier precio, cerró los ojos y dio vueltas en círculo innumerables veces alrededor de la balanza, pronto en una dirección, pronto en la contraria, hasta que no supo ya qué platillo cargaba cuál peso. Luego puso a ciegas sobre uno de los platillos su decisión de juzgarse. Cuando abrió de nuevo sus ojos, si bien uno de los platillos había descendido, ya no se podía distinguir cuál de los dos era el platillo de la culpa y cuál el platillo de la inocencia. Se asombró por ello, desistió de vislumbrar allí algún beneficio, y se condenó, pero sin poder reprimir la sensación de estar probablemente equivocado.
- No te engañes: no es que esta última lámpara dé más luz; es que lo oscuro en torno se ha sumergido en sí mismo.

Paul Celan. Poeta de origen judío rumano y habla alemana, 1920-1970.

J Jaime Sabines

Jalme Sabines. Chiapas, México, 1926 México D.F., 1999. Ha publicado, entre otros, los poemarios: *Horal* (1950), *La señal* (1951), *Tarumba* (1956) y *Diario semanario y poemas en prosa* (1961) a donde pertenecen los poemas aquí reproducidos.



[Si hubiera de morir dentro de unos instantes...]

Si hubiera de morir dentro de unos instantes, escribiría estas sábius palabras: árbol del pan y de la miel, ruibarbo, coca-cola, zonite, cruz gamadi. Y me echaría a llorar.

Una puede llorar hasta con la palabra "excusado" si tiene ganas de llorar.

Y esto es lo que hoy me pasa. Estoy dispuesto a perder hasta las uñas, a sacarme los ojos y exprimirlos como limones sobre la taza de café. ("Te convido a una taza de café con cuscáritus de ojo, corazón info").

Antes de que caiga sobre mi lengua el hielo del silencio, antes de que se raje mi garganta y mi corazón se desplome como una bolsa de cuero, quiero decirte, vida mía, lo agradecido que estoy, por este hígado estupendo que me dejó comer todos tus rosas, el dfa que entré a tu jardín oculto sin que nadie me viera.

Lo recuerdo. Me llené el corazón de diamantes –que son estrellas caídas y envejecidas en el polvo de la tierra– y lo anude sonando como una sonaja mientras refa. No tengo otro rencor que el que tengo, y eso porque pude nacer antes y no lo hice.

No pongas el amor en mis manos como un pájaro muerto.

[A medianoche...]

A medianoche, a punto de terminar agosto, pienso con tristeza en las hojas que caen de los calendarios incansablemente. Me siento el árbol de los calendarios.

Cada dfa, hijo mío, que se vu para siempre, me deja preguntándome: si es huérfano el que pierde un padre, si es viudo el que ha perdido la esposa, ¿cómo se llama el que pierde un hijo?, ¿cómo, el que pierde el tiempo? Y si yo mismo soy el tiempo, ¿cómo he de llamarle, si me pierdo a mí mismo?

El dfa y la noche, no el lunes ni el martes, ni agosto ni septiembre; el dfa y la noche son la única medida de nuestra duración. Existir es durar, abrir los ojos y cerrarlos.

A estas horas, todas las noches, para siempre, yo soy el que ha perdido el dfa. (Aunque sienta que, igual que sube la fruta por las ramas del durazno, está subiendo, en el corazón de estas horas, el amanecer.)

[Con la flor del domingo...]

Con la flor del domingo ensartada en el pelo, pasean en la alameda antigua. La ropa limpia, el baño reciente, peinadas y planchadas, caminan, por entre los niños y los globos, y charlan y hacen amistades, y hasta escuchan la música que en el quiosco de la Alameda de Santa María reúne a los sobrevivientes de la semana.

Las gatitas, las criadas, las muchachas de la servidumbre contemporánea, se conforman con esto. En tanto llegan a la prostitución, o regresan al seno de la familia miserable, ellas tienen el descanso del domingo, la posibilidad de un noviazgo, la ocasión del sueño. Bastan dos o tres horas de este paseo en blanco para olvidar las fatigas, y para enfrentarse risueñamente a la amenaza de los platos sucios, de la ropa pendiente y de los mandados que no acaban.

Al lado de los viejos, que andan en busca de su memoria, y de las señoras pensando en el próximo embarazo, ellas disfrutan su libertad provisional y poseen el mundo, orgullosas de sus zapatos, de su vestido bonito, y de su cabellera que brilla más que otras veces.

(¡Danos, Señor, la fe en el domingo, la confianza en las grasas para el pelo, y la limpieza de alma necesaria para mirar con alegría los días que vienen!)

[La tarde de domingo es quieta...]

La tarde de domingo es quieta en la ciudad evacuada. A la orilla de la carretera la gente planta su diversión afanosamente.

Hasta este > se toma con trabajo, y los carros se amontonan promiscuamente, lo mismo que las gentes que se quedaron en los cines, en los toros y otros espectáculos. Nadie busca, en verdad, la soledad, y nadie sabría qué hacer con ella. Bueno tomar el aire limpio de tales horas: este espíritu gregario sólo da recetas para vivir.

Igual que la borrachera de los sábados, las visitas a las casas de amor y hasta las maneras del coito, se estereotipan. La vida moderna es la vida del horario y la mediocridad ordenada. Dios baja a la tierra los domingos por la mañana a las horas de misa.

Pero esta tarde es quieta y libre. El inmenso cielo gris, inmóvil, iluminado, se extiende sobre las casas de los hombres. Y uno sabe, recónditamente, que es perdonado.

[En el estadio de la ciudad los borrachos caminan en círculo]

En el estadio de la ciudad los borrachos caminan en círculo: cinco metros de rodillas, cinco de pie y cinco de cabeza. Después de esto, cogen su cuerpo del cuello, y se arrastran hasta llegar al lugar de partida.

En el círculo que recorren los borrachos hay una laguna, un incendio, un prado cubierto de niebla y muchos vidrios de sol en el suelo. El ángel guardián de los borrachos es siempre una mujer desnuda que está delante de ellos.

Cuando el borracho abre los ojos deja de ver.

La palabra con que habla el borracho es un alambre violeta. Sólo el calor del trago le llena el pecho de arañas que hablan oscuramente.

Los borrachos que gritan no duran mucho, se derraman como una arteria rota. Los silenciosos están siempre conversando con Dios.

El diablo es el reverso de la moneda de Dios, la única moneda que les queda después de todo, la que usan para pagar su último trago.

¡Hay que ver la marcha de los borrachos, entre los reflectores de la ciudad, esta semana y la otra, a partir de las once de la noche!

Jaime Sabines era de esos escritores convencidos (aunque es suya la frase *No quiero convencer a nadie de nada*) de que la poesía es emoción y de que el poeta, desde la autenticidad poética, siempre tiene el deber de transmitir esas emociones. *No sirve esconderse tras una máscara*: hay que enfrentarse a lo que ofrece la vida y a lo que nos quita la muerte sin que el verso pierda el asombro virginal al hablar de estos eternos temas poéticos. Sin duda, en sus más de treinta años de escritura nos ha enseñado a través de las palabras que, donde hay vida, hay poesía. (Carmen Alemany Bay)

Mariángela la herbolaria

No comprendía cómo había podido enfermar con tantas existencias de hierbas salutíferas. Había basado su lucha, según afirmación propia, en la fe en los remedios de la naturaleza, en la cual participaba mi primer maestro de humanidades, mosén Silvi Saperes. Al atardecer, a la hora en que miró cómo la niebla abrillanta el asfalto de mi calle, el cura entraba en la tienda de la herbolaria, quién sabe si para recomendar la eficacia de alguna fórmula, recogida entre los papales de Genovevo de Vilanant, discípulo del señor Vehí, payés de la Pera. Presidían la tienda de Mariángela dos pinturas chapuceras, pretendidos retratos de Linneo y Jaime Salvador. Cubrían las paredes pequeños cajones y estantes llenos de raíces, ramitas y hojarasca, señalados con rótulos que precisaban el nombre vulgar y científico de las plantas, de acuerdo con los conocimientos de mosén Saperes, ordenador de aquella habitación. Una especie de galería de madera permitía alcanzar, con el auxilio de una escalera adosada al muro, los estantes superiores. Desde fuera, al volver del colegio, espiaba cómo dos siluetas se encorvaban encima del mostrador, altas y confusas en la penumbra del establecimiento y cómo se perdían, a veces, en el secreto de una rebotica. A la salida, el cura venía a recitarme media docena de versos latinos y a revelarme las virtudes de las uñas de gato picantes, purgante muy energético, usado también en cataplasma, para curar los tumores linfáticos. Examinábamos después el atlas de Botánica de monseñor Sebastián Kneipp, adquirido en la librería de Joseph Kosel, en Kempten. ¡El lujo de aquellos años! Todos nos mirábamos, apasionados, hostiles, esperando la satisfacción por la sangre vertida bajo el sol y la lluvia; la sangre que destruyó tantas cosas, por ejemplo mi mundo, el de mi madre y el de mi amigo Salom para quien deseó la paz. Mosén Silvi se deleitaba entonces paladeando las palabras de los clásicos, paseándose por la boca como si fuese almendras de Sinera y me exigía el significado de *vómer* o de *paludamentum*. Mi padre asistía algunas veces a las clases y sonreía por mi esfuerzo, que juzgaba absolutamente inútil; pero dejaba hacer, porque tenía el optimismo propio de los que se ganan espléndidamente la vida. Mi padre empezaba a sufrir de accesos congestivos de tos y de dispepsia. El cura le indicaba que tomase, inmediatamente después de la comida y de la cena, una cucharada de infusión de salvia, mezclándole, para suavizarlo, un dedo de aguardiente con azúcar. Mi padre se bebia el anisado, dejando a un lado la salvia con disimulo y se apresuraba a asegurar a mi madre que se sentía mucho mejor. Al conocer por mí el tratamiento, Mariángela se declaró mejor partidaria de la nébeda.

—La *neneta cantaria*, ¡jamás! —dijo mosén Saperes—. Esto es bueno para el histérico.

Y mi madre, delicada de los nervios, consumió entonces, con escasa fortuna, notables cantidades de puntas de brote de hierba gatera. He de señalar en cambio, el éxito sobre los sabañones crónicos de nuestra Secundina, de la raíz hervida de sello, majada y mezclada con manteca dulce. La verdad es que, en aquella ocasión, el cura y Mariángela fueron unánimes en el consejo.

La bombilla de la tienda de la herbolaria parpadeaba continuamente y daba una luz como de candil de aceite. La figura de Mariángela se alargaba en su interior y se inmovilizaba de pronto después de revolver y escoger entre su tesoro curativo, en un rincón de la tienda casi sin parroquianos. De tarde en tarde, iba a comprar una italiana intelectual y triste, que se hacía llamar Letizia y vivía con un pintor en las buhardillas de mi casa. La gordita señora de Fransis también era cliente. Ofelia ya usaba peluca, tenía un pequinés que convenía que expectorase y cubría sus carnes soñolentas con unos trajes larguísimos, con cuya ropa vestimenta parecía siempre un astrólogo de feria de fiesta mayor. Yo coincidía a veces con la dama, mientras me proveía de regaliz,



de anises de comino o, por los alrededores de las Navidades, de musgo y brusco para el belén. Era amiga de la herbolaria y procuraba defenderla cuando Secundina, como tenía por costumbre, la acusaba de tacaña y rica por malas artes. Secundina hablaba de visitas a deshora, que pagaban a Mariángela a peso de oro, experiencia y medicinas para dolencias extrañas. Alguien había visto, añadía, en la rebotica de la tienda, recortes de uñas, rizos y trozos de cera de apariencia humana.

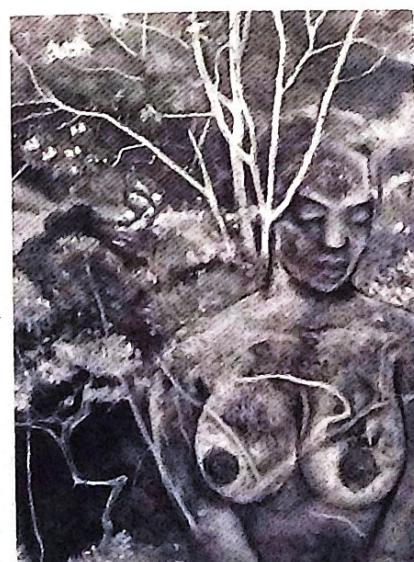
—Qué abominable! —exclamó al saberlo mi madre—. Desde este momento te prohíbo que te acerques por allí.

—Mosén Silvi la frecuenta —argumenté.

—Mosén Silvi tiene la dispensa del Papa para muchas cosas y, además, es un poco santo —respondió mi madre.

Pero yo no hacía caso de las prohibiciones y guardaba estas y otras palabras en el fondo de mi recuerdo.

La herbolaria tenía una hija, educada en un convento de la Presentación, donde aprendió a administrar una casa, Historia Sagrada, francés, a hacer calceta y contabilidad. La chica pasaba las vacaciones con la madre y la ayudaba en las fa-



nas detrás del mostrador. Mariángela era viuda. Su marido, de una hermosa fisonomía mongoloide, se encontraba en México, no sé por qué causa, al estallar la revolución de Madero. Cuando se produjo la matanza de chinos en Toreón, se cargaron al hombre, en medio de diminutivos afectuosos, a golpes de tranca. Pasaron luego su cuerpo desnudo y el de otros ahorcados, encima de un carro de basura precedido de un trompeteo estridentísimo. Tocaban, según parece, una marcha militar.

Ilustrada, la chica abandonó el colegio y se casó con un terrateniente ya maduro. El matrimonio residía en el campo. La hija venía a ver a la herbolaria en auto propio, un tanto desvencijado. Secundina salía, ponderativa, a su encuentro y envidiaba la elegancia de sus sombreros, de una línea de campana o tapadera. Mi madre se sorprendió del rumbo actual de Mariángela, que ella evocaba en Sinera, en compañía de un hermano idiota, de cabeza enorme, vendada siempre, porque se la abría constantemente contra las esquinadas.

—Cogían hierbas por los márgenes. Una miseria, ¿recuerdas? —preguntó a mi madre.

—Alguna vez me ha contado —interrumpí con inocencia— que es pariente nuestra.

—Ni hablar! —protestaron—. ¿De qué lado, si haces el favor de aclararlo?

La conversación dio motivo a que, durante una temporada, saludara a la herbolaria de soslayo, porque no me gusta la inexactitud. Pasó el tiempo, yo crecía y no notaba el estrago de los años en aquel rostro familiar. Me conmoví cuando mosén Silvi me comunicó que Mariángela estaba muy enferma.

—¡Cómo es posible! —exclamé—. ¿Con tantos remedios a su disposición?

—Cuando llega el último temporal —contestó el sacerdote— no hay elixir que valga, ni que te administres cuartillos enteros de agua azafranada, agárico y acíbar sucotrino.

Una tarde, los dos caballos de la muerte, detenidos ante la tienda, se sacudían las moscas con las largas colas, ahora a la derecha, ahora a la izquierda. Al final, ataud negro, gorigori, luto de yerro y primo lejanos. Junto a la puerta, en el ruedo de las comadres, Secundina subrayaba, criticando a la hija, la modestia del entierro.

—Puede que haya sido deseo expreso de la difunta —atenúo una voz.

—Es materia opinable —admitió reticente y dialéctica, Secundina.

Yo me adelanté unos cuantos pasos y seguí a Mariángela calle adelante. Durante el trayecto, mosén Saperes me dijo que ella había sido una buena mujer y alguna cosa más que no me autorizó a repetir. La tienda pasó pronto a otros dueños y fue modernizada por ciertas pretensiones. Todo el mundo encontró, por ejemplo, que la iluminación había quedado perfecta; pero ya nunca nos apetecía entrar, al cura y a mí, a la nueva tienda.

Salvador Espriu. Santa Coloma (Gerona), 1913. El cuento forma parte de "10 narradores catalanes", 1977.



El Bolero de Caballería en el contexto de la vida política urbana de Bolivia

Se llama Bolero de Caballería a un género de la música criollo-mestiza de Bolivia asociado a los Cuerpos de Caballería o Escuadrones de Caballería del Ejército, que marchaban -y en algunas ocasiones todavía lo hacen- acompañados al son de este género musical. Aunque su denominación nos remite al baile español *Bolero*, el que tenemos en Bolivia es distinto no sólo al de la península sino a otros difundidos en América Latina. El *Bolero de Caballería* tampoco es una marcha militar.

Algunas referencias históricas

Después de apaciguada la guerra civil (1898), en los escuadrones era costumbre ejecutar Boleros de Caballería. Por ejemplo, a fines del siglo XIX e inicios del XX, la partida así como el arribo a la ciudad de La Paz de los batallones de Infantería y Caballería, constituyan espectáculos emocionantes; no era raro ver a los jovencitos enrolarse voluntariamente en los escuadrones, entusiasmados con la música de los Boleros y los sonidos de los clarines (trompetas).

Consideramos que la definición sonora que actualmente conocemos de los Boleros de Caballería resultó de una transición de la forma musical *yaraví* durante el siglo XIX; pudo haber emergido durante las luchas por la independencia que se iniciaron en 1809.

Nicolás Fernández Naranjo, afirma que los ejércitos libertarios, llegaban con sus respectivas bandas militares: los ejércitos argentinos de Castelli y Belgrano peleando junto a los chilenos al frente de San Martín y yendo al Perú, y los de Bolívar y Sucre desde Venezuela y Colombia, viiniendo a Bolivia.

Una vez consolidada la independencia de Bolivia, los cuerpos del ejército boliviano nunca dejaron de poseer su banda militar. Un ejemplo es el director de la banda del Batallón Segundo (Batallón Colorados), Coronel Mauricio Mancilla (La Paz, 1846-1879) en cuya producción, además de marchas, oberturas y variaciones, figuran boleros, bailes y cuecas.

El Bolero de Caballería se define como símbolo asociado a eventos fatídicos que sucedieron durante las últimas décadas del siglo XIX, (guerras contra Brasil y Chile, además de enfrentamientos internos por la obtención del poder). Aguirre Achá, al referirse a la Guerra del Acre, narra: *El Ministro de la Guerra púsose a la cabeza, con abnegado patriotismo, y el 14 de julio de 1900, salió de La Paz, en medio de la consternación del pueblo todo, que escuchaba en las afueras de la ciudad el triste bolero de despedida de la banda del Batallón como un último adiós.*

Durante el siglo XX, los Boleros de Caballería fueron ampliamente difundidos hasta mediados de los años 50, mediante las tradicionales retretas. Las Retretas (vocablo que

provine de *retirada*) eran un evento público muy concurrido donde confluían las élites y clases populares cuando aún no había radio en la mayoría de los domicilios. Esta tradición venía desde la Colonia. Adolfo Otero, en su capítulo de antologías de las principales costumbres coloniales, dice de las Retretas: *El pueblo se reunía en la plaza de Armas para escuchar paseando las charangas militares. Completaban el cuadro de las retretas las melcocheras y las ankukeras...*

Ahora bien, ¿por qué el Bolero tiene carga histórica tan profundamente enraizada en la memoria de la gente? ¿Por qué siempre que lo escuchamos incide en nuestra sensibilidad?

Una posible respuesta puede sustentarse en la presencia de una población dominanteamente indígena y la inestabilidad política que marcan la historia de Bolivia. El sector indígena tuvo fuerte influencia en la música que en su devenir dio origen a la música criollo-mestiza. En esta perspectiva, el *Bolero* parece un género más emparentado con el *Yaraví* (Triste) porque tiene esa cadencia lenta y arrastrada, intimista y pesarosa que conmueve a estos grupos sociales.

¿Fue el Bolero un nombre adjudicado con posterioridad a lo que en realidad eran los *yaravíes y tristes*?

Miguel Mercado Moreira cita el siguiente testimonio ocurrido en noviembre de 1857: ... *Es fama que entonces la banda de músicos del Batallón Segundo constaba de cien operarios diestros, dirigidos por el hábil compositor Mansilla... allí, cuando el Coronel Cortéz cayó en la calle, bañado en sangre por un tiro de pistola que le asestó Balza, la banda comenzó a tocar de improviso un triste, que después se llamó "Una lágrima de Cortéz".*

Los boleros de caballería no sólo despedían o daban la bienvenida a los soldados y voluntarios enrolados para las guerras, sino también para rendir homenaje a las víctimas de las crisis de gobierno, las marchas populares, a las víctimas de desastres naturales, los llamamientos a asambleas mineras y las convocatorias de la Central Obrera Boliviana en pos de sus conquistas sociales. Finalmente, en todos estos contextos los Boleros de Caballería se constituyen en el telón musical que con el paso del tiempo articulan un discurso identitario, con similares connotaciones en los distintos sectores sociales. Como concluyen varios analistas de la realidad nacional, *el Bolero de Caballería y el fútbol, son lo único democrático que hay en Bolivia*.

Jenny Cárdenas Villanueva. Cantante, socióloga, musicóloga boliviana.

El texto fue tomado de "La música en Bolivia".

Fundación Simón I. Patiño, 2001.

